

en la Edad Media, tanto interés despertó; ⁽¹⁾ pero prescindimos de ella, porque es muy probable que á su formación hayan contribuido mucho ideas bíblicas ó clásicas.

Sea de ello lo que se quiera, estas fábulas y estas leyendas se relacionan ciertamente con miras á una época mucho más remota. Plutarco dice que los bárbaros de España estaban persuadidos de que se hallaban más allá de los mares los campos Elíseos y las moradas de los bienaventurados á que se refiere Homero; ⁽²⁾ sabido es que los Egipcios tenían esa misma opinión. La leyenda de la Atlántida es, según Platón, de origen egipcio, ⁽³⁾ Strabón dice lo mismo, ⁽⁴⁾ y Diodoro se inclina también á considerar egipcia ⁽⁵⁾ la relativa á los Campos de los Bienaventurados. Por fin, en la India hallamos el relato de una isla blanca y luminosa, cuyos habitantes están, como los brahmanes, ocupados exclusivamente en la contemplación de Dios y de las cosas divinas; este relato se encuentra también en los cantos más recientes del Mahabharata, ⁽⁶⁾ lo que hace creer á Lassen que fué recibido del exterior, é inspirado por la veneración á los monjes y eremitas cristianos que los brahmanes habrían conocido entre los partos. Admitimos la posibilidad del hecho y no insistimos en el valor de ese testimonio relativamente á la tradición antigua.

Repetimos una vez más que no damos demasiada fuerza probatoria á todas estas leyendas, y miramos como una pérdida poco considerable el que pueda cualquiera hacer que desaparezca toda duda acerca de su sentido; pero tampoco podrá nadie negar que hay antiguos recuerdos en el fondo de todo ello, y que es notable la semejanza con el texto de las Escrituras.

8. La leyenda de la edad de oro y de las cuatro edades del mundo.—Por el contrario, encontramos gene-

(1) Piper, *Geistliche Dichter des Mittelalters*, II, 13 y sig.

(2) Plutarco, *Sertorius*, 8, 4.

(3) Platón, *Tim.*, p. 21, c.; *Critias*, p. 108, d.

(4) Strabón, 2, 3, 6.

(5) Diodor., 1, 96, 5 y sig.

(6) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) 1115, 1118 y sig.

ralizada, incluso en América, en Méjico, ⁽¹⁾ otra especie que los hombres verosímilmente llevaron consigo á todas partes, ⁽²⁾ y que habían adquirido en el tesoro general de la tradición primitiva cuando emigraron de su patria común. Nos referimos á la leyenda de la edad de oro.

En todas partes la humanidad divide su historia en varias épocas, de las cuales, cada una vale menos que la precedente. El mundo no puede desechar la idea de que el estado actual en que se halla es un estado de decadencia de una perfección mayor en otro tiempo; por eso en todas partes distinguen por lo menos una época primitiva de felicidad y otra época de desgracia. Tales son en Virgilio ⁽³⁾ y Catulo ⁽⁴⁾ las épocas de Saturno y de Júpiter; pero se admitía generalmente que el tránsito de esta época de felicidad á la de desgracia no se había hecho de un modo súbito, sino que se había verificado gradualmente, lo que dió origen á las llamadas edades del mundo, que fueron cuatro ó cinco, pues hay en esto opiniones.

Los Indos conocieron ya esta división; llaman á la primera, la época perfecta, Kritayuga ó Satya, y dan también á esta edad de perfección ó de la verdad el nombre de Devayuga, edad de los dioses. Á esta época sucedió Trayuga, ó la edad de los tres fuegos de sacrificio, es decir, la edad del perfecto cumplimiento de los deberes religiosos. Vino después la Dvaparayuga, edad de duda, en que fué oscurecido el conocimiento de las cosas divinas por la duda y la incredulidad. Por fin apareció la última y peor de todas, en la que vivimos, Kalyuga, la edad del pecado. ⁽⁵⁾

(1) Cf. Tylor, *Anfänge der Cultur*, I, 40 y sig. 47 y sig.

(2) Arnim., *Das alte Mexico*, 22. Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, IV, 161 y sig. Cf. *la legende des cycles du monde chez les Maya et les Aztèques* dans Ratzel, *Völkerkunde*, (1) II, 689 y sig.

(3) Virgil., *Georg.*, I, 125 y sig.; *Æn.*, VIII, 319 y sig.

(4) Catul., 1, 3, 35 y sig.

(5) Duncker, *Gesch. des Alterthums*, (3) II, 71, Lassen, *Ind. Alterth.*, I (2) 599 y sig.; II, (2) 731; IV, 592.

En los mismos términos habla la leyenda persa, y aunque se pretende que fué introducida entre los Iranios en fecha relativamente moderna, tal como la conocemos actualmente ⁽¹⁾ entendemos que no debe admitirse esta opinión.

Habría sido evidentemente imposible una edad de oro, si, desde los comienzos, un principio del mal tan poderoso como el del bien hubiese disputado el imperio al último; pero sabemos que la religión persa no admitió ese dualismo hasta más tarde.

Primitivamente los Iranios tenían las mismas creencias que los demás Arias, y las conservaron en tanto que no se vieron obligados á separarse de ellos, naciendo sentimientos de hostilidad; el hecho de que esta leyenda se encuentre también entre los Persas es más bien señal de su antigüedad, que prueba de haber sido inventada después; sin duda es más antigua que el propio Persismo.

En la mitología del Norte hay también ecos de esa creencia; en los primeros tiempos, cuando Asgard fué construída, Gladsheim, la mansión de Allfadr, estaba hecha únicamente de oro interior y exteriormente, es decir de bronce, pues entonces se daba á este metal aquel nombre. Todos los muebles del palacio eran también de oro; ⁽²⁾ pero esa época pasó hace mucho tiempo y el mal se acentuará más cada vez hasta que el mundo, sucumbiendo por sus excesos, desaparezca en el fuego. ⁽³⁾ «La edad del hacha, la edad de la espada, en que chocan los escudos, la edad del viento, la edad de los lobos, precederán á la destrucción del mundo».

¿Cuántas edades se distinguen aquí? ¿Son dos, tres ó cinco? Nada se sabe, y verdaderamente nada importa; lo esencial es que también se admite una edad de oro en el principio; pero es grande el error cometido por otro Edda cuando hace derivar de la riqueza en oro el nombre de la

(1) Windischmann, *Zoroastrische Studien*, 212 y sig.

(2) *Gylfaginning*, 14, *Grimnismál*, 8.

(3) *Völuspá*, 46 (Simrock, 10).

época, pues en ella se dice que no existía el oro entonces; por el contrario, precisamente porque no había oro, ni, por consiguiente, avaricia, ni discusiones, ni pecado, en una palabra, por que las costumbres y los corazones eran tan puros como el oro, se dió este nombre á la primera edad del mundo, y no desapareció hasta que despertaron la avaricia y todas las malas pasiones, cuando los dioses crearon los enanos para buscar el oro en las entrañas de la tierra. ⁽¹⁾

Pero la idea de una edad de oro fué especialmente grata á los Griegos y á los Romanos; son célebres las descripciones poéticas de las edades del mundo que nos dejaron Hesiodo ⁽²⁾ y Ovidio; ⁽³⁾ pero, aunque parecidas, difieren sin embargo, pues, como es sabido, cuenta Ovidio cuatro edades y Hesiodo cinco; entre la tercera, edad de bronce, y la última, edad de hierro, á que él mismo pertenece, intercala Hesiodo una cuarta, la de los gigantes, de los héroes y de los semidioses, con lo cual en definitiva quedan reducidas á cuatro las edades de los hombres; la de oro, la de plata, la de bronce y la de hierro, explicándose así que Platón, refiriéndose expresamente á Hesiodo, ⁽⁴⁾ distinga cuatro clases de hombres. Las leyendas griegas y las romanas concuerdan también en otros puntos, pues ponen la primera edad, la de oro, en una época en que había una religión, la de Kronos ó Saturno, diferente de la que predominó más tarde, la de Zeus ó Júpiter; por eso aquella época primitiva es llamada frecuentemente época de Saturno. Los Griegos y los Romanos admiten igualmente que las tres primeras épocas son anteriores al diluvio: Apollodoro dice expresamente ⁽⁵⁾ que la generación extinguida en el diluvio de Deucalión pertenecía á la edad de bronce. Hesiodo lamenta pertenecer á la edad última, de hie-

(1) Simrock, *Deutsche Mythologie*, (2) 51 y sig., 155.

(2) Hesiodo, *Opera*, 109, 201 (Lehrs).

(3) Ovid., *Metamorph.*, I, 98, 150.

(4) Platón, *Rep.*, 3, p. 415, a; 8, p. 546, e; cf. 5, p. 468, e; *Cratylus*, 16, p. 397, e.

(5) Apollodor., 1, 7, 2, 2.

ro. ⁽¹⁾ Ovidio comprende que seamos un pueblo tan duro, un pueblo de hierro, pues procedemos de las piedras arrojadas por Deucalión. ⁽²⁾

Sea cualquiera la severidad con que examinemos las antiguas leyendas, está fuera de duda que la humanidad creía, de un modo general, haber estado en otro tiempo en un estado de perfección, de que cayó más tarde en la actual situación desolada y corrompida. Si hay un principio confirmado por las tradiciones religiosas de todos los pueblos, es el de que el hombre, por la misericordia divina, vivía al principio en un estado mucho mejor que ahora; la enseñanza de la fe, que hemos visto ya fundada en una exigencia de la razón, tiene además á favor suyo el testimonio general de la Historia.

9. Las ideas acerca del estado de felicidad primitiva.—Nadie esperará ciertamente que los antiguos hayan conservado puras y sin mezcla sus ideas acerca del estado paradisiaco; si bien es cierto que la humanidad cayó de su estado de perfección primitiva, el recuerdo de aquella época debió oscurecerse y adulterarse mucho, y así fué en efecto.

Son á menudo objeto de grandes contradicciones las descripciones que se hacen de la edad de oro ó de Saturno; donde predominan los recuerdos religiosos ó históricos, se la describe como una época de gran perfección moral; y en donde las sutilidades é invenciones filosóficas, se la representa como una situación en que los hombres no conocían ni el mecanismo del Estado, ni leyes coercitivas, ni leyes penales, ni ejércitos, ni fortalezas, ni el refinamiento, delicias y enfermedades del lujo; según la edad de hierro, era una vida de grosera ignorancia y de brutalidad animal; no obstante lo cual, había el general convencimiento de que aquellos primeros hombres eran mucho más felices que nosotros. En cuanto á la naturaleza de esta felicidad, no hay duda en que cada uno se la describía desde su propio punto de vista.

(1) Hesiodo., *Op.*, 174.

(2) Ovid., *Metamorph.*, 1. 414 y sig.

Además se puede notar que la tendencia del espíritu del hombre y el estado de su corazón se manifiestan muy pronto desde que se le deja decir en qué consiste para él la felicidad. El alemán se representa su Paraíso ó su Eliseo como una fortaleza de oro, de vino y de escudos, en la que puede incesantemente beber y cazar, distribuir de tiempo en tiempo golpes á derecha é izquierda para variar sus placeres, ⁽¹⁾ y desear todo lo que le produce bien. ⁽²⁾ Nos repugna decir cómo el mahometano concibe el suyo, aun ahora, después que Max Müller nos regaló una extraña defensa á favor suyo. ⁽³⁾ El griego está en el colmo de su dicha cuando cree que allí no había trabajo, ni enfermedad, ⁽⁴⁾ ni vejez, sino belleza eterna, salud indestructible, cantos y poemas sin fin; ⁽⁵⁾ y nuestro Goethe dice lo siguiente, que después de él repite en coro todo el ejército del moderno Humanismo: «¿Á dónde huyó la edad de oro por la que en vano languidecen los corazones? Entonces, como rebaños gozosos, se esparcían los hombres por la tierra; entonces cada ave en el aire libre, cada animal en los montes y en los valles, decía al hombre: Haz lo que te plazca». ⁽⁶⁾

Si los pensamientos y los deseos del hombre moderno que ha recibido la más elevada instrucción, descienden tan bajo, no hay que asombrarse de encontrar tan vulgares muchas de las descripciones hechas por los antiguos. Todo, nos dicen de un modo contrario á la Sagrada Escritura, ⁽⁷⁾ crecía por sí mismo en esta época, sin que hubiera necesidad de cultivar la tierra. ⁽⁸⁾ Los ríos eran de vino,

(1) Grimm, *Deutsche Mythologie*, (3) 780.

(2) *Ibid.*, (3) 126 y sig. Simrock, *Mythologie*, (2) 186 y sig.

(3) *Nineteenth Century*, Feb., 1894 (*Review of Reviews*, IX, 152, *Religious Review of Reviews*, 1894, 129 y sig.).

(4) Hesiodo., *Op.*, 113. Dicæarchus, *Fragm.*, 1 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, II, 233). Porfir., *Abstin.*, 4, 2.

(5) Píndaro, *Pyth.*, 10, 60 y sig.

(6) Goethe, *Tasso*, 2, 1.

(7) Gen., II, 15.

(8) Hesiodo., 117 y sig. Platón, *Politicus*, 15, p. 271, c.; *Leg.*, 4, 713, c. Ovid., *Met.*, 1, 89 y sig. 109. Luciano, 51, 8.

de leche y de miel; ⁽¹⁾ daban miel las encinas, ⁽²⁾ y venía por sí misma á la boca del hombre. ⁽³⁾

Pero los juzgaríamos mal si creyésemos que tenían en general tan mezquino juicio del estado primitivo. Aunque no se elevaban á la altura de miras que nos suministra la fe, ni sería esto posible sin la gracia sobrenatural, concebían la vida paradisíaca de un modo más digno que Gœthe en el pasaje que acabamos de citar, haciendo consistir la felicidad de la edad de oro en que los hombres como rebaños sin pastores pudiesen pacer en todos los pastos, y en que les fuese permitido todo lo que halagaba sus pasiones. No la buscaban ciertamente en una santidad sobrenatural, ni podía esperarse de ellos; pero la ponían en la civilización externa, en el refinamiento de las costumbres, ⁽⁴⁾ en la buena forma de gobierno, ⁽⁵⁾ en hacer buenas leyes; ⁽⁶⁾ no había guerra en aquella época, dicen, ni disputas, ni sediciones, ⁽⁷⁾ ni pobreza; ⁽⁸⁾ no había hombres libres ni esclavos, todos eran iguales ⁽⁹⁾ y había comunidad de bienes. ⁽¹⁰⁾ Las costumbres eran sencillas, exentas de toda malicia y de toda mentira, llenas de lealtad, de honradez, de justicia y de verdad. ⁽¹¹⁾ Aquellos hombres dichosos vivían tranquilos y libres, consagrados únicamente á la sabiduría; comprendían el lenguaje de los animales y el de los seres inanimados, y éstos comprendían el del hombre. ⁽¹²⁾ Vivían en la amistad de los dioses, y mantenían con ellos conversaciones familiares. ⁽¹³⁾

(1) Ovid., *Met.*, 1, 111. Luciano, 70, 20.

(2) Ovid., *Met.*, 1, 112.

(3) Luciano, 69, 17.

(4) Diodor., 5, 66, 4.

(5) Platón, *Leg.*, 4, p. 713, b. Diodor., 3, 56, 3.

(6) Diodor., 4, 56, 2, 3.

(7) Platón, *Politicus*, 15, p. 271, e. Dicæarchus, *Fragm.*, 1 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, II, 234). Porfir., *Abstin.*, 4, 2.

(8) Luciano, 70, 20.

(9) Plutarco, *Compar. Lyturgi et Numæ*, 1, 9. Luciano., 70, 13.

(10) Plutarco, *Cimon*, 10, 9.

(11) Diodor., 5, 66, 4. Plutarco, *Quæst. Rom.*, 12, 42. Aristót., *Pol.*, 7, 13 (15), 19.

(12) Platón, *Politicus*, 16, p. 272, b.

(13) Hesiodo, *Fragm.*, 129.

10. El verdadero estado paradisíaco.—Se ve, pues, que los hombres se esforzaron en describir el estado primitivo como el de mayor felicidad posible; pero se quedaron muy lejos de la realidad. Cuando Dios pone manos á la obra para hacer algo, lo hace de tal suerte, que en todas partes brillan su liberalidad y su riqueza. La Iglesia dice con profunda verdad que por la abundancia de su bondad sobrepuja á los méritos y á los votos de los que le suplican; ⁽¹⁾ y si se ha dicho de la recompensa eterna que «el ojo del hombre no vió, ni su oído oyó, ni sintió su corazón las cosas que Dios prepara á los que le aman,» ⁽²⁾ se puede hacer la aplicación al magnífico estado en que Dios puso al hombre en un principio. Ese estado sobrenatural paradisíaco era tan sublime, que no sólo no habría podido inventarlo por sí la inteligencia humana, sino que el lenguaje limitado de la criatura es impotente para describirlo como sería debido, aun después de las luces que respecto de él nos dió la Revelación.

«Cuando resolvió Dios en su misericordia crear al hombre á su imagen y semejanza, haciéndole rey de la tierra y de cuanto en ella existe, comenzó por darle una residencia regia, donde debía establecer su monarquía, y vivir una vida rica y bienaventurada. Fué el Paraíso terrenal creado por Dios, lugar en que se encontraban reunidos todos los goces y todas las delicias, tierra verdaderamente divina y mansión digna del que había sido hecho á imagen de Dios.» ⁽³⁾

«El hombre vivía á gusto en aquel Paraíso en tanto que estuvo sumiso á la voluntad de Dios. Vivía en el goce de Dios y del bien, por el que era bueno él mismo. Nada le faltaba, y estaba en su mano vivir siempre así. Tenía á su servicio los alimentos contra el hambre, una bebida refrigerante para apagar la sed; el árbol de la vida le protegía contra los ataques de la muerte. Ninguna co-

(1) *Orat. Dom. XI post Pentec.*

(2) I Cor., II, 9.

(3) Juan Damasc., *Fid. orthodox.*, 2, 11.

rupción manchaba su cuerpo, ninguna corrupción capaz de turbar su inteligencia había en él. No tenía ninguna enfermedad que temer en su interior, ninguna sorpresa que temer del exterior. Su cuerpo gozaba de plena salud, y su espíritu de soberana calma. Así como en el Paraíso no había ni frío ni calor excesivos, así ni el placer ni el temor constituían un peligro para su voluntad bien ordenada. No había allí ni tristeza, ni goce loco, sino una felicidad verdadera, cuya eterna duración procedía de Dios, hacia el cual se elevaba el holocausto de amor de un corazón puro, de una buena conciencia y de una sincera fidelidad. Un amor fiel y sincero unía á los esposos. El cuerpo y el alma estaban en perfecta armonía. No costaba trabajo la observancia de los mandamientos. La fatiga no turbaba el reposo. El sueño no atacaba á nadie contra su voluntad». ⁽¹⁾

«Así Dios había creado al hombre inocente, recto, vigoroso, exento de tristeza y de cuidados, adornado con todas las virtudes, embellecido con todos los dones. Era un ser en la creación visible y que penetraba en la creación invisible. Era el rey de la tierra sometido al rey del cielo, un ser á la vez terrenal y celeste, mortal é inmortal, dotado de sentidos y de inteligencia, un ser á la vez espíritu y carne en la misma naturaleza. El hombre es espíritu para ser accesible á la gracia, y carne para que el orgullo no se apodere de él; espíritu para perseverar y alabar al autor de todos estos beneficios, carne para sufrir, para acordarse de lo que es, si cayese en la tentación de dar excesiva importancia á su propio valer. Es, por lo tanto, un ser á la vez fijo aquí abajo y en camino para una vida futura. Á la verdad, es un gran misterio, cuyo fin consiste en que el hombre se divinice, acercándose poco á poco á Dios, para llegar, no á transformarse en el ser de Dios, sino á participar moralmente de la luz divina». ⁽²⁾

Tales fueron las prerrogativas, el destino, la perspecti-

(1) Agustín, *Civ. Dei*, 14, 26.

(2) Juan Damasc., *Fid. orthod.*, 2, 12.

va que el hombre recibió en el Paraíso por la gracia de Dios, y que él perdió con el Paraíso por su propia falta. No es de extrañar que, como consecuencia de esa pérdida, haya quedado fija en su corazón una dolorosa espina, y que no pueda olvidar jamás lo que se robó á sí mismo. Sin duda que este recuerdo está lleno de dolor y de vergüenza, pero es también una valla contra la ruina completa y un medio que le permite intentar su salvación.